

PS: ¿partido de qué clase?, ¿qué clase de partido?

Raúl Ampuero

Se ha producido en fin la unificación de los principales sectores en que se hallaba fragmentado el socialismo desde la escisión de 1979. Es explicable, tanto porque el conflicto original careció de motivaciones claras y suficientes, como por la urgencia en cubrir un segmento vital del frente opositor a la dictadura y las tareas que se enfrentan para asegurar la transición democrática.

¿Por qué ahora parece legítima y factible la reagrupación orgánica de los socialistas, después de una tan larga separación? Sin entrar en análisis más dilatados se pueden señalar tres factores fundamentales:

- las convergencias estratégicas de las agrupaciones guiadas por Almeyda y Arrate en la lucha contra la autocracia militar. Luego de algunos titubeos y de una luctuosa comprobación de la solidez del régimen, se optó por ensayar a fondo el camino de la lucha política, conquistando crecientes espacios de libertad y desmontando pieza a pieza el aparato autoritario. Coincidieron plenamente en esta línea las dos corrientes principales, empleándose a fondo en su ejecución;

- el empobrecimiento de las concepciones marxista-leninistas de estilo soviético y del modelo de sociedad de los países del Este europeo como fuentes de inspiración ideológica. La notable campaña revisionista de Gorbachov, junto con desalentar la imitación servil de la experiencia rusa, ha justificado la tenaz posición crítica sostenida por el PS desde su fundación con respecto a la URSS, sus instituciones y su política internacional;

- la cada vez más fuerte convicción de que históricamente el socialismo chileno constituye un definido cuerpo de ideas y comportamientos, una vigorosa voluntad colectiva, que exigía una expresión orgánica unitaria en el cuadro de la restauración democrática. En otros términos, la trayectoria del PS, desde Grove a Allende, marca una conducta política de coherencia tal que rehúsa disgregarse en colectividades diversas, a menos que en su mentalidad y en su accionar se inoculen métodos y objetivos ajenos a la experiencia chilena. Una buena prueba de lo que afirmamos es la circunstancia de que los núcleos principales se siguieran proclamando herederos de la misma tradición y leales continuadores de un pasado común.

La vecindad de la reconstitución plantea, sin embargo, algunos problemas, no sólo a los militantes sino a todos los que de una u otra manera nos sentimos ligados al movimiento popular y a sus peripecias; entre otros el de el carácter y los límites de una renovación indispensable. En efecto, los tiempos cambian; las sociedades cambian; los problemas cambian. Los partidos, sujetos activos del acontecer político, deliberada o intuitivamente dan sus respuestas a las nuevas circunstancias en un continuo proceso de adaptación. Cuando la vida democrática se interrumpe - como ha ocurrido en Chile bajo la dictadura - se acumulan las presiones revisionistas, encaminadas a corregir los retardos y a tomar el paso de las nuevas condiciones. Entonces los par-

tidos son apremiados y estimulados, a veces, a operar mutaciones traumáticas, que ponen a prueba su identidad histórica. Sólo una equilibrada combinación de principios fundamentales y de innovaciones razonables puede preservar su presencia en el nuevo escenario con todo el prestigio de una tradición que le proporcione consistencia y credibilidad.

Mientras un partido se defina socialista no podrá omitir un esquema teórico que sirva de marco y referencia a su acción cotidiana, a menos que se busquen puras y simples posiciones de poder con la cobertura de un cínico pragmatismo. En este plano, como lo expresa la Declaración de Principios de su fundación, "el PS adopta como método de interpretación de la realidad

el marxismo, enriquecido y rectificado por todos los aportes científicos del constante devenir social". Una versión feliz en su brevedad porque significa asumir el marxismo como una teoría científica de la sociedad y de la historia y no como una "doctrina" de postulados eternos, al mismo tiempo que ofrece una percepción dialéctica de la realidad objetiva y reconoce al hombre un rol activo en la gestación de su destino. Una concepción, en suma, compatible incluso con la fe religiosa; de ahí que distinguidos teólogos católicos no vacilen en utilizar las categorías marxianas en sus severos análisis de la sociedad capitalista. Abjurar de éste compromiso intelectual, en nombre de una *secularización* del partido, significaría exponerlo a toda clase de contra-

bandos ideológicos y oportunismos políticos.

Un socialismo latinoamericano

Una cuestión diversa es, en cambio, el rechazo del "marxismo-leninismo" como escuela del pensamiento socialista. La fórmula se adoptó de modo subrepticio en la Conferencia de Organización de 1967 y fué ratificada después en el Congreso de Chillán del mismo año, bajo la presión de una fracción extremista extraña a la personalidad histórica del partido (y con la ingenua tolerancia de algunos viejos dirigentes); del mismo grupo que impidió articular una firme colaboración constructiva del partido con el presidente Allende. Fué aquella una fase ambigua en el desarrollo del partido, apoyada en una decisión que no obedecía a ningún consenso real.

Habría que agregar, tal vez, que la versión "marxista-leninista" no contribuye en absoluto a esclarecer el contenido sustantivo de determinadas políticas. Desde Stalin a Mao, desde Pol Pot a Hodxa, desde Marchais a Ceaucescu, todos se proclamaron en algún momento discípulos del "marxismo-leninismo", sólo para justificar en cada caso una particular forma de sectarismo.

Igualmente forzada -y nos señalan que con parecida ligereza- se aprobó una resolución en el último Congreso del sector dirigido por el compañero Arrate para solicitar el ingreso a la Internacional Socialista, en términos que no envuelve, es cierto, el sometimiento a una disciplina externa institucionalizada, pero implica sí una elección de campo en el orden ideológico, del cual se mantuvo distante el socialismo chileno por más de medio siglo. La verdad es que para nosotros el desafío, en el plano intelectual y de la lucha política, fue siempre la elaboración de un socialismo latinoamericano, fuertemente condicionado por la ominosa presencia del imperialismo.

Queda por comprobar

Es cierto; la gestión del régimen militar ha provocado cambios significativos en la estructura de clases de la sociedad chilena, dato indispensable para la reflexión política, así como es

notorio el impacto del autoritarismo sobre la sensibilidad colectiva, generando una sustancial revaloración de la democracia, colocada ahora como objetivo prioritario del movimiento popular. Es un resultado comprensible luego de dieciséis años de dictadura. Pero la exigencia de democracia no es un postulado reciente de la izquierda: a lo largo de las últimas décadas las fuerzas de avanzada estuvieron siempre en primera línea en las campañas por darle nuevas dimensiones a la participación democrática. La incorporación de las mujeres y los jóvenes al cuerpo electoral, la cédula única y el saneamiento del sistema de votaciones, la generación democrática de las autoridades universitarias, la extensión del sindicato a las faenas agrícolas, la derogación de las leyes restrictivas de los derechos ciudadanos, entre otros momentos, fueron batallas en que la izquierda se jugó a fondo. Si alguna reticencia tuvimos frente a la democracia, ella se manifestó con referencia a la "democracia real" de los Somoza y los Stroessner, de las oligarquías y caudillos militares, de la OEA y la diplomacia interamericana, a esa "democracia", en suma, que sólo servía de etiqueta a gobiernos y regímenes espúreos.

En Chile mismo -donde mejor fructificó un sistema de libertades- pasamos, en tiempos no tan lejanos, por gobiernos apoyados en milicias privadas, de inspiración reaccionaria, y soportamos diez años de represión bajo el signo de la "Ley de Defensa de la Democracia". Eran tiempos en que sonaban vigentes las palabras de Lincoln: "el mundo no ha tenido nunca una definición justa de la libertad del mundo y el pueblo norteamericano, precisamente ahora, la necesita urgentemente. Nosotros, todos, estamos por la libertad, pero empleando la misma palabra no expresamos la misma cosa. Para algunos la palabra libertad puede significar que cada hombre haga lo que quiere de sí mismo y del producto de su trabajo; mientras que para otro la misma palabra puede significar que algunos hombres hagan lo que les dé la gana con otros hombres y con el producto del trabajo de estos. Aquí nos encontramos, pues, ante dos cosas no sólo diferentes, sino incompatibles, expresadas con la misma palabra libertad. De donde se deduce que cada una

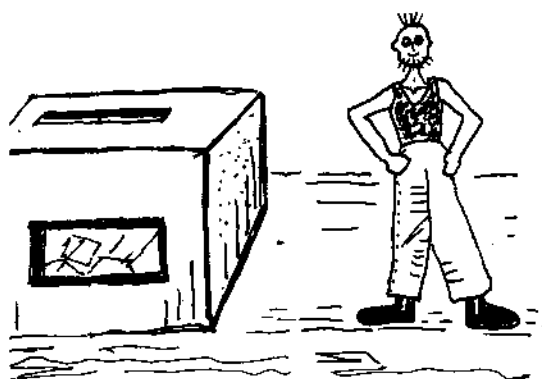


de estas cosas se ve llamada por las partes respectivas con dos nombres diferentes, incompatibles: libertad y tiranía."

La larga dictadura nos ha enseñado a concebir la democracia no sólo como un conjunto de normas para dirimir convencionalmente ciertos conflictos políticos y sociales, sino principalmente como expresión orgánica de la soberanía popular y portadora de todos los valores consagrados en los derechos humanos. Queda por comprobar el grado en que tal concepción ha penetrado en la mentalidad de quienes impulsaron o legitimaron el golpe del 73, enfrentados a una democracia que crece en su dimensión social y se extiende a la gestión de la economía.

Partido de los trabajadores

Por otra parte, el socialismo obedece siempre al imperativo de realizar la justicia social, esto es, emparejar las oportunidades. La falacia del mito neo liberal de la igualdad de oportunidades, en una sociedad caracterizada por las desigualdades de clase, se revela en toda su magnitud cuando en publicaciones del INE leemos que la faja del 10% más pobre de las familias chilenas ha incrementado sus ingresos, entre 1978 y 1989, en \$6.000 mensuales, mientras el 10% de las más ricas ha tenido un aumento de \$174.400 en el mismo lapso. ¡Un crecimiento 29 veces mayor! En la sociedad capitalista quien pertenece a la clase dominante tiene infinitamente mayores expectativas de vivir, de proteger su salud, de adquirir una profesión y una cultura, de tener acceso a la propiedad y a una existencia cómoda, que aquel que pertenece a las capas proletarias. La economía social de mercado no ha hecho



más que profundizar la brecha entre ricos y pobres, agravando de manera brutal la diferencia de opciones. Es esta una verificación obvia que se halla en la raíz de la lucha de clases.

Ni la circunstancia de participar en una empresa nacional de rescate de la democracia, en el mas generoso sentido de las palabras, ni en el compromiso de colaborar con el gobierno de transición que se iniciará en marzo, exime a los socialistas de su responsabilidad como *partido de los trabajadores*. Es esta calidad la que justifica su presencia en nuestro escenario y condiciona su conducta. Concebir al PS reconstituido como un partido interclasista, como simple partido de opinión, implicaría cancelar un rango esencial de su pasado. Y no es que hayamos inventado la lucha de clases o sus proyecciones en la sociedad contemporánea por una perversión especulativa. Refutando una imputación de éste genero, Marx ha escrito: "No me pertenece a mí ni el mérito de haber descubierto la existencia de las clases sociales en la sociedad moderna ni de haber descubierto la lucha entre ellas. Mucho antes que yo historiadores burgueses habían expuesto la evolución histórica de esta lucha y economistas burgueses la anatomía económica de las clases" (traducido del italiano; Marx-Engels: *Sul materialismo storico*; Rinascita, Roma, 1949).

Dictadura e ideología

La confluencia física de las dos principales corrientes socialistas sobre una plataforma de principios debiera ser un factor decisivo para contrarrestar la ofensiva ideológica de las fuerzas conservadoras, terreno en el cual la iz-

quierda da la sensación de replegarse, aislándose en un debate más inmediatamente político. Nos referimos a la difusión de doctrinas como la *seguridad nacional* y la *economía social de mercado*, ideologías en cuanto ideas y teorías socialmente generadas por las relaciones de dominación entre las clases y que justifican esas relaciones proporcionándoles una "falsa conciencia", velando o disfrazando los aspectos más duros y antagónicos de la dominación para facilitar la aceptación de la situación de poder y la integración política y social.

En ciertos momentos la oposición de izquierda acusa una moderación excesiva con relación a los cambios proyectados una vez liquidada la dictadura y pareciera hasta competir tácitamente la tesis de los ideólogos del autoritarismo en su obsesiva "satanización" del Estado y "sacralización" de las instituciones militares. Todo en nombre de una *modernización* que estaría reñida con lo que hemos conocido siempre como socialismo y estrechamente asociada, en cambio, con la mítica libertad del mercado. La verdad es que hace muchos lustros que el socialismo chileno ha dejado de creer en un Estado omnipotente y milagroso, mientras en el área comunista Yugoeslavia ensayaba, ya en 1948, un tipo de economía con una amplia participación del mercado. La diferencia con el neo liberalismo reside en la promoción de las empresas de autogestión como sujetos dominantes de la competencia, en el sitio que ocupan los monopolios en el mundo capitalista. Nos parece, en suma, que el criterio correcto se expresa en este párrafo de la propuesta programática opositora: "en este contexto, estamos por la amplia utilización de los mecanismos de planificación para el desarrollo. La regulación de un sistema de economía mixta requiere combinar la planificación directa del sector estatal, la concertación con el sector privado y los trabajadores en materia de inversiones e ingresos y las políticas macroeconómicas que orientan el comportamiento del mercado".

La doctrina de la seguridad nacional, por su parte, tiene su centro en el poder militar pero sus fines son eminentemente políticos. Bajo la apariencia de una óptima y suprema protección de los intereses nacionales radica

en las FFAA una autoridad sobrepuesta a la soberanía popular, en términos que el poder político civil queda subordinado en los hechos al vértice militar, dada la verticalidad jerárquica del mando de las instituciones castrenses. Naturalmente, un ordenamiento estatal de tales características no tiene parentesco alguno con la democracia ni tampoco con la defensa nacional racionalmente entendida. La integridad territorial y la soberanía de un país dependen, como lo sabemos todos, fundamentalmente del grado de unidad y cohesión de sus habitantes para enfrentar un peligro común, evidente o potencial, en tanto las teorías de seguridad nacional comienzan por dividir a su propio pueblo en adeptos al régimen que las invoca y enemigos destinados al exterminio.

Si bien es aconsejable una aproximación prudente al problema militar como factor determinante del trayecto hacia la democracia nada impediría una sistemática campaña de esclarecimiento de tales ideologías y de sus perversas proyecciones en la convivencia nacional.

Democracia interna y disciplina

También en el terreno organizativo se justifican algunas observaciones. En líneas generales, se tiende a reproducir la estructura y procedimientos reglamentarios del partido, anteriores al golpe, con algunas variantes cuyos efectos sobre la orientación política futura no son indiferentes.

Ante todo, debemos suponer desechada la clásica versión del partido vanguardia, intérprete exclusivo e infalible de los intereses populares, encarnación mesiánica de la voluntad de las masas. El Chile que emerge de la dictadura -esperamos- será más maduro y más inclinado a la participación del que conocimos antes y, frente a tal realidad, los partidos de clases solo pueden aspirar a servir como *guías* del movimiento, sujetos a una continua verificación crítica de sus orientaciones estratégicas y operativas.

Dos consecuencias pueden derivarse de esta nueva situación. La primera, que el estilo de relación del partido con las masas, con las organizaciones sociales, debe cambiar; en lugar de perseguir el simple control

UJS: esa capacidad que nos movilice y emocione

Ernesto Aguila

político de sus instancias directivas se debería establecer una comunicación de doble sentido: desde la periferia al centro, para procesar de modo constante la información adecuada, y del centro a la periferia con las indicaciones del curso de acción recomendado. Como método, la persuasión en lugar de los golpes de mayoría.

La segunda consecuencia consiste en introducir en el partido prácticas que compatibilicen la democracia interna con la disciplina. Efectivamente, las deformaciones sufridas en los hechos por el sistema del *centralismo democrático* invitan a cautelar cuidadosamente la voluntad colectiva, comenzando desde la base. Como la más alta y calificada instancia reglamentaria, corresponderá al congreso general hacer el balance del desempeño de las autoridades nacionales, diseñar la línea política y elegir a los nuevos dirigentes. Dada la jerarquía y la importancia del congreso, su sola convocatoria debería abrir un período de libre debate en torno a su agenda, pero una vez adoptadas las resoluciones pertinentes nadie debería excusarse de cumplir con sus acuerdos. Una disciplina firme en la actuación pública de sus militantes es condición básica para darle autoridad y fuerza al mensaje del partido y para que éste cumpla su rol de guía.

Pluralismo y confrontación libre

Buscando modalidades organizativas para reformar la democracia interna, el PS Arrate introdujo diversas innovaciones que, a nuestro juicio, lejos de cumplir ese objetivo influyen negativamente, sobre todo porque tienden a personalizar el debate político y a fomentar la inclinación de las tendencias a cristalizar en fracciones permanentes.

Con relación a la elección directa del comité central por la base, bastaría señalar la notoria e injusta ventaja electoral de aquellos candidatos que están en condiciones de recorrer el territorio o disponen ya de una situación de mando en la dirección nacional, obstruyendo así la natural promoción de nuevos valores, particularmente de aquellos formados en las provincias. En esta materia mucho más funcional y fluido es el sistema tradicional de sucesivos congresos, seccionales,

La lucha política siempre conlleva la lucha por definirla; por delimitar los espacios donde se realiza, con quienes, y con qué medios y formas se lleva a cabo. Ningún escenario político es inocente...

Sirvan estas afirmaciones iniciales para hablar de la Unión de Jóvenes Socialistas (UJS), y de las sensibilidades e ideas primarias que estamos desarrollando en la búsqueda de una forma de hacer política que sea capaz de movilizarnos, de conmovernos, de hacernos sentir bien, de interpretarnos como generación.

Estos dieciséis años nos volvieron gente realista. La caída desde sueños de revoluciones fabulosas e inexorables a la realidad del Chile de Pinochet fue algo demasiado brutal como para no tomar algunas notas... La democracia está llegando, y con ella más libertad y tranquilidad, pero también con ella el peligro de que nos roben la política. Que esta quede encapsulada en la televisión, sometida a la lógica y a las leyes de la publicidad (donde la izquierda termina emocionándose con los mensajes de la derecha y viceversa), o que quede formalizada en lejanas instituciones, en esporádicos actos y en contados dirigentes, que más encima terminan abusando de las necesidades de protección y dependencia de la gente a través de liderazgos extremadamente autoritarios...

El principal desafío que hemos asumido como UJS es construir una política participativa. Recuperar esa

vieja y fresca idea marxista de socializar la política, de difundirla por los distintos espacios y recovecos de la sociedad, permitiendo a la gente reapropiarse de su país, de su ciudad, de su casa, de su trabajo, de su consumo.

Ello significa hacer de la política algo vivo, personal. Significa recuperar la posibilidad de soñar colectivamente el futuro. Sin miedos ni cortapisas, quizás con la sola condición o compromiso de que esos sueños se realicen a través de la voluntad mayoritaria del país. Sólo recuperando esa capacidad de imaginar el futuro seremos capaces de construir un presente que nos movilice y emocione. El otro sendero es el desencanto, el sarcasmo, esa sutil seducción de lo superficial... y eso es soledad, depresión, angustia, o bien frío y vacío pragmatismo político.

Todavía no tenemos grandes respuestas, pero estamos buscando. Esa utopía irreverente y generosa se está gestando: en las conversaciones de todos los días, en la amistad que se comparte en las esquinas, en los reventones de los viernes o de los sábados. Nadie puede afirmar como será lo que vendrá, pero sin duda traerá la candidez y la locura del avión rojo de don Marmaduke; la fuerza popular y el coraje de Salvador Allende; será un socialismo sin muros, un gran momento de decir y decirnos todo eso que hemos tenido adentro: contenido, escondido o reprimido, durante todos estos años.



El autor es secretario general de la UJS.

regionales y general. Si además, con el nuevo sistema, se realiza la elección en vísperas del congreso general, no sólo se despoja a este de una de sus facultades elementales; también se lo priva de sus atribuciones de control y fiscalización de lo operado en el período

precedente: el anterior comité central ya ha terminado su mandato y al nuevo recién ha comenzado a ejercer el suyo. Será además, inevitable colocar a la cabeza de las listas de candidatos a la dirección nacional a aquellos compañeros de mayor popularidad y presti-

MAPU: la unidad es también obra nuestra

Oscar G. Garretón

Desde hace más de diez años el MAPU se definió como "parte del socialismo chileno" y se pronunció por su unidad. Desde Chile y el exilio participamos en el proceso de renovación y las iniciativas diversas que jalonaron el camino de acercamiento. Lazos humanos y políticos fueron tejiendo lentamente el proyecto común que ahora nace. En este sentido, la unidad del socialismo es también obra nuestra y a la que concurrimos con alegría profunda.

Tenemos conciencia que una etapa de nuestras nuestras vidas termina. Al unirse los socialistas "históricos" convergen las mismas banderas, símbolos e himnos. Se encuentran en el mismo recuerdo de tradiciones, fundadores y mártires. El MAPU tiene también su historia, sus propios símbolos, figuras y mártires. Nuestras banderas serán plegadas, es un desgarrar. Pero más que sus banderas verdorosas, el MAPU es lo que han representado: lo que encarna su gente, su trayectoria, su compromiso popular y socialista. Todo esto aportamos, y confiamos que el partido naciente lo asumirá, no para disminuir otras historias y figuras sino para nutrir el patrimonio común de todos.

La presencia del MAPU tiene un significado especial: es la única fuerza no histórica del socialismo con estructura nacional y presencia en los mundos sindical, profesional, juvenil y poblacional. Al incorporarse al socialismo unificado, ha lanzado una señal contundente y clara a ese vasto mundo de personas que nunca integraron el Partido Socialista, pero que se sienten parte del socialismo chileno. Es un llamado a incorporarse a esta casa ancha, amplia y abierta a todos. La realidad ya lo está demostrando. La decisión del MAPU ha precipitado la de sumarse a la unidad socialista en vastos sectores del socialismo no histórico.

Sin duda a muchos de los que en estos días concurren a la unidad los cruzan inquietudes e incertidumbres sobre el futuro: es natural que así ocurra. Sin embargo, creo que hay razones para el entusiasmo.

Casi todo lo que en el pasado nos separó, ya no nos separa. Todos hemos ido recorriendo un camino de renovación, hasta coincidir en la democracia y el socialismo, en el camino político para terminar con la dictadura, en la necesidad de una ancha y duradera unidad social y política por los cambios, es la importancia de dar solidez a la transición con el socialismo unido en el gobierno.

Lo demás sólo puede hacerlo la convivencia bajo un mismo partido. La sociedad chilena surge heterogénea y diversa de la dictadura, que se esmeró por cortar todos los lazos de solidaridad y comunicación que la entretejen. Quien aspire a partidos "mononos" quedará en la marginalidad. Los partidos que marcarán el futuro son aquellos que, firmemente presentes en la memoria popular, sean capaces de encauzar los grandes torrentes que hoy se abren a una vida democrática.

Este proyecto al que damos vida tiene, sin embargo, importancia mucho más allá de nuestro mundo socialista. Es vital para Chile y su democracia naciente. Si el gobierno de Aylwin y la Concertación estuvieran conformadas por un partido grande y fuerzas menores, la transición sería precaria. En cambio un socialismo ancho y unido trabajando en estrecha armonía con el PPD y entendido lealmente con la DC representan los pilares fundamentales para dar anclaje sólido, en el gobierno y la sociedad, a un vasto bloque por la democracia y los cambios.

Con la unidad, el MAPU trasciende en una fuerza más ancha y valiosa para nuestro pueblo. Nuestra militancia - que es el verdadero MAPU, más que sus símbolos- tendrá espacio amplio para desplegar su compromiso popular. Ambrosio vivirá con Grove, Matte y González en el recuerdo y nuestros mártires serán honrados junto a los mártires socialistas. Por sobre todo, estaremos haciendo nuestra contribución a la enorme obra de futuro que Chile y nuestro pueblo necesitan. (X)

gio, con lo cual se diseña ya una constelación de núcleos fraccionales. El resto lo hará la mecánica de la disputa electoral: cada grupo se esforzará por diferenciarse de los otros asignándose una singular identidad.

Es comprensible que la unificación del socialismo deba pasar por una etapa de fusión imperfecta, de corrientes más o menos informales, herederas de las anteriores "orgánicas", pero no sería inteligente estimular los factores que conducen a legitimar las fraccio-

nes. Los ejemplos abundan para comprobar como el juego de fracciones deteriora moralmente la convivencia interna y degrada la democracia. Sería ocioso añadir como las pugnas de este tipo abren generosas oportunidades de infiltración a fuerzas externas.

Aparentemente la existencia de tendencias organizadas sería una garantía de pluralismo y condición de la libre confrontación de opiniones. La experiencia muestra, en cambio, resultados exactamente contrarios: en el in-

terior de las corrientes se establece gradualmente una micro-disciplina de grupo con el objetivo de presentarlo homogéneo en el trato con las otras corrientes, que impide a las eventuales minorías exteriorizar su disenso cuando la discusión se traslada al seno del pertinente organismo reglamentario. Así la verdadera voluntad colectiva resulta falseada. En suma, el debate será más rico y más auténtico cuando menos cristalizadas estén las tendencias, cuanto menos condicionadas por

esas micro-lealtades estén las opiniones individuales.

A medida que se acentúa y personaliza el liderato en los diferentes grupos, los compañeros que lo ejercen pasan a sustituir paulatinamente la deliberación en los órganos regulares por acuerdos entre los personeros de las distintas tendencias. La consecuencia es evidentemente nociva: los órganos de dirección son de hecho privados de sus atribuciones y la democracia interna pasa a ser un mito. La situación no cambia mucho si con el patrocinio de los jefes de corrientes determinadas resoluciones son sometidas a la decisión formal de un órgano colegiado: el peso político de los promotores da por descontada la aprobación de cualquier propuesta.

Socialismo y PPD

Las observaciones anteriores son pertinentes aplicadas a un Partido Socialista que se propone conducir unido las grandes batallas cívicas del futuro, pero deja sin respuesta la función y el destino de los llamados "partidos instrumentales" (PPD y PAIS). Con respecto al PAIS la situación es relativamente simple porque en definitiva, poco más, poco menos, es la versión electoral de la Izquierda Unida; en cambio se debe reconocer en el PPD una entidad con vigorosa capacidad de convocatoria: su llamado fué acogido desde el comienzo por un extenso sector de la población -sobre todo los jóvenes y mujeres- adversarios de la dictadura

pero hasta entonces inactivos. Sería un error imperdonable desmovilizar ese valioso contingente una vez logrado un estatuto verdaderamente democrático para los partidos. En esas condiciones, resulta lógico suponer que el PS ya unificado logrará su inscripción legal como partido, originando una situación ambigua a los militantes socialistas afiliados al PPD. ¿Que solución darle al problema de la doble militancia?. Difícilmente se puede dar una respuesta que no sea una de estas dos: utilizar la preponderancia de militantes socialistas en el PPD para copar su dirección y asociarlo estrechamente a la política del PS, o bien transformar el PPD en un *movimiento cívico de consolidación democrática*, con funciones complementarias pero no iguales a aquellas que competen al común de los partidos. El primer camino cancelaría todas las ventajas que caracterizan la presencia del PPD, en la medida que se entablara en su interior una estéril lucha de fracciones prosocialistas y antisocialistas y seguramente ocasionaría la desertión de gran parte de sus efectivos. El segundo, en cambio, aun cuando requiere una honesta y sistemática campaña de convencimiento de sus afiliados (para evitar que se estimen militantes de segunda clase del PS) y una cuidadosa determinación de las tareas propias de la agrupación, ofrece un vasto campo de trabajo, apenas explorado en la realidad política de hoy. La dictadura, por la labor de descomposición y retraso realizada en todos los frentes, imprimirá a la íntegra obra de

restauración democrática un inevitable carácter político. Todo cambio será precedido de análisis y propuestas de diverso signo intelectual, desde la política internacional al municipio, desde la nueva institucionalidad estatal al sindicato, desde la educación a la salud, desde el presupuesto fiscal a la ecología. Los partidos serán probablemente requeridos por un número de asuntos superior a su capacidad de estudio y conducción, salvo que puedan apoyarse o delegar funciones en entidades amplias y pluralistas, ideológicamente convergentes. Uno de estos trabajos, por vía de ejemplo, será la masiva educación para la democracia, entendida como participación creciente del pueblo en la gestión de los asuntos comunitarios.

La proliferación de centros de estudios y de investigación centrados en una vasta gama de temas es una muestra anticipada del volumen de exigencias culturales que surgirán con el retorno de la libertad. Si a eso agregamos la reactivación de las organizaciones sociales (sindicales, poblacionales, federaciones estudiantiles, colegios profesionales, movimientos ecologistas y feministas, etcétera) podemos imaginar la rica y la compleja misión de un movimiento destinado a darle organicidad y orientación a toda una área popular de avanzada.

Lo que se persigue es que la reconstitución del PS y de su influencia política se realicen rindiendo tributo a los nuevos tiempos pero resguardando su perfil histórico. (X)

